

¿Antifeminismo en el Partido Mexicano de los Trabajadores?

El pasado 4 de marzo, Demetrio Vallejo, viejo luchador sindical, símbolo de una generación y miembro fundador del PMT, fue destituido de su cargo como Secretario de Organización del partido. Las razones que motivaron su remoción fueron las acusaciones que le hicieron compañeros suyos en el Comité Nacional del Partido, de violación de los estatutos de la agrupación, indisciplina, desvío de fondos, y de anteponer sus intereses personales "mediante actitudes injustas e inconvenientes" para la buena marcha del trabajo partidario.

A la destitución de Vallejo siguió la de ocho militantes más, dirigentes de la Comisión Organizadora de la Asociación Nacional de Mujeres, a quienes se acusó de "antifeministas" y de no defender la "dignidad" de tres compañeras del Partido, cuyos cargos contra Vallejo dieron motivo para su destitución.

En este número de fem damos espacio a una polémica que dichos acontecimientos suscitaron entre un dirigente del PMT y Mariclaire Acosta, miembro del consejo editorial de nuestra revista. Los artículos que aquí reproducimos aparecieron originalmente en el diario EL UNIVERSAL, durante el mes de abril.

Los viejos, la moral y las mujeres en el PMT.

Continúan las disidencias internas en la cúpula del Partido Mexicano de los Trabajadores. Apenas la semana pasada, un grupo de ocho mujeres dio a conocer un largo documento en el que expone cómo y por qué fueron destituidas del mando de la Comisión Organizadora de la Asociación Nacional de Mujeres el pasado 8 de abril.

La lectura de dicho documento resulta, para los neófitos, un tanto ar-

dua. Hay que detenerse de vez en cuando para reconstruir los hechos y volver a tomar el hilo tenue del relato de varios años de luchas intestinas entre diversas camarillas burocráticas que echan mano de todos los ardis estatutarios y de manejo de asambleas, para consolidar su influencia sobre el aparato. Sin embargo, para quien logra trasponer el farragoso recuento de las múltiples maniobras y complots, relatadas, se empieza a vislumbrar una explicación detallada de por qué el feminismo en México aún no ha logrado pasar de un movimiento amplio de opinión a una verdadera movilización popular.

La historia que cuentan las compañeras disidentes es, en el fondo, sencilla: se trata, simplemente, de que, después de años de sobreponerse a la hostilidad de algunos de sus compañeros de partido, quienes las han acusado de "pequeño-burguesas, teóricas y lesbianas" (sic), ahora son relevadas de sus cargos, mediante dudosos procedimientos. La causa inmediata de ello, aducen las autoras, es que apoyaron a Demetrio Vallejo, oponiéndose a los procedimientos empleados y los cargos lanzados contra él para destituirlo del cargo que ocupaba en el Comité Nacional del Partido, hace apenas algunas semanas.

Las firmantes hablan de calumnias, de cargos falsos, desacato a los estatutos y de decisiones personalistas y autoritarias. Nada de ello puede ser juzgado por quienes estamos fuera. Tampoco importan demasiado los detalles. Lo cierto es que un viejo y afanado militante ha sido retirado de su cargo, acusado de una conducta sexual indecorosa por un grupo de mujeres militantes. El conocido dirigente fue defendido por las firmantes del documento, quienes ahora se enfrentan, a su vez, a su destitución y reposición por las mismas compañeras que acusaron a Vallejo.

Por desgracia, los hechos narrados no sólo describen una situación de "mujerismo" contra "feminismo" tan frecuente en estos días. Tratándose de un partido de izquierda, las cosas se complican un poco más. En primer lugar, está de por medio el problema de los valores, el de cómo juzgar, desde la perspectiva de la "moral revolucionaria", los deseos y fantasías de un anciano, de un "tántalo con sed" como dijera recientemente el poeta Elías Nandino de los viejos que aún

viven plenamente su sexualidad. También ronda por ahí el fantasma de la gazmoñería puritana en las acusaciones de sus supuestas víctimas, más bien reminiscentes de un internado para señoritas que de una organización de masas que pretende conducir el cambio radical de nuestra sociedad y de sus mentalidades. Es difícil combatir la intolerancia y el prejuicio desde precisamente la misma actitud, aunque en este caso, sea para defender a las masas explotadas.

Pero, más allá de estas consideraciones, que caen en el terreno de lo simbólico por llamarlo de alguna manera, las recientes destituciones en el PMT tendrán un efecto político negativo, y a muy corto plazo. Las firmantes del documento hablan de una Asociación Nacional de Mujeres que estaba a punto de consolidarse. Luchas intestinas como la que describen habrán de retrasar, necesariamente, su aparición en el escenario público. En los tiempos que corren, una agrupación masiva de orientación feminista no es un instrumento de cambio desdeñable para nadie. Es una pena que los jefes del Partido no lo hayan considerado así. Las mujeres no estamos para darnos ciertos lujos.

México, D.F. a 15 de abril de 1983.

¿Gazmoñería puritana en el PMT?

Por José Álvarez Icaza

El pasado jueves 21 de abril, Mariclaire Acosta, nuestra buena amiga editorialista de EL UNIVERSAL, prestigiada investigadora universitaria, puntal durante muchos años de Amnistía Internacional en México, etc., publicó su artículo: "Los viejos, la moral y las mujeres en el PMT." Me acojo ahora a estas mismas páginas editoriales para aclarar confusiones y desinformaciones al respecto. Ya no queríamos hablar en el PMT de los lamentables errores de Vallejo, porque la cuestión nos da pena. Pero si no respondemos caeríamos en aquello de que el "que calla otorga"....

Mariclaire afirma que "tratándose de un partido de izquierda las cosas —sexuales—, se complican un poco más" ¿Por qué? ¿Es que sí podemos condenar a un empresario que impone sus caprichos machistas a su secretaria, o a un funcionario o a un líder

charro que haga lo mismo, pero no a un líder de izquierda? ¿Dónde quedaría nuestra congruencia?

Y hablando de "moral revolucionaria", ¿no es una constante en la izquierda condenar la agresión sexual y la opresión machista sobre las mujeres buscando liberarlas de la "moral burguesa" que tales cosas ha implantado y no sólo tolera, sino que fomenta por todos los medios?

¿Querrán ingresar las mujeres a una asociación, donde sus dirigentes "por ser de izquierda", tienen derechos, como tenían los señores feudales sobre las mujeres —"derecho de perna-da"—, cosa que ya creíamos trascendida?

Nos perdonarán Mariclaire y Elías Nandino, pero a los ahora llamados "tántalos con sed", antes se les designaba como "viejos rabo-verdes" o "viejos canijos" y la gente, y sobre todo las mujeres, salvo raras excepciones, no los quieren.

Si el PMT defiende y proclama la dignidad de la mujer, ¿será porque nos "ronda el fantasma de la gazmoñería puritana... reminiscentes de un internado para señoritas"? ¿Si pedimos que las mujeres sean quienes decidan libremente qué hacen con su vida y con sus cuerpos, será incorrecto porque según dice Mariclaire "las mujeres no estamos para darnos ciertos lujos"?

Todo esto produce sorpresa y confusión: ¡Tantas veces que desde Amnistía Internacional hemos condenado a los violadores de mujeres! No creemos haber actuado mal en el PMT en este caso, pues los hechos están a la vista: alejadas tales "feministas", como nunca, están interesándose las mujeres mexicanas en la Asociación Nacional de Mujeres que viene consolidando el partido.

Pero además, fue falaz la información proporcionada a Mariclaire y su juicio, al menos, fue parcial pues no pidió la información correspondiente a la otra parte: ¿Se lanzó como "El Borrás"?

Finalmente, destacar sólo lo "sexual" del asunto vallejista es incorrecto, porque se dejó de lado otros dos graves problemas: Su inexplicable protección a un presunto "agente de seguridad" en el partido y su terquedad para corregir, una y otra vez, los errores que se señalaban, porque según dijo Vallejo: "¡Yo nunca me equivoco!" Y es porque aquí tratamos de formar un partido, no de imponer la voluntad de un caudillo.

De Lujos y Lujurias

Mariclaire Acosta

José Álvarez Icaza, viejo amigo con quien he compartido muchos años de lucha por los derechos humanos, me amonesta por lo que él considera "confusiones" y "desinformaciones" en mi artículo sobre las disidencias internas en el PMT y sus consecuencias para el feminismo, publicado en EL UNIVERSAL el pasado 21 de abril. Me apresto a contestarle, no tanto con el ánimo de polemizar, como de aclarar algunas cosas que, por la brevedad de mi comentario pueden haber producido una impresión errónea.

Evidentemente, pasó por mi cabeza la posibilidad de que mi crítica, a lo que sigo considerando como una actitud de "gazmoñería puritana" por parte del Comité Nacional del PMT, pudiera ser interpretada como una toma de partido personal con algunos de los protagonistas del drama. Medité cuidadosamente este riesgo y opté, finalmente, por lanzarme al ruedo, no tanto "como el Borrás", como me atribuye Pepe, sino con la plena convicción de que mis comentarios se tomarían como lo que son: una crítica constructiva a una organización que me importa por las posibilidades de cambio que plantea para los mexicanos. Por lo demás, siempre he supuesto, y ahora con mayor firmeza,



que las organizaciones de izquierda luchan por implantar la discusión racional como alternativa a la represión y el escarnio que los regímenes autoritarios emplean para combatir la disensión.

A ese respecto, no creo equivocarme demasiado cuando percibo, en la sana institución de la crítica y autocrítica libremente ejercidas, —común en los partidos del primer signo— un reconocimiento a esta posibilidad.

Pero, para terminar de una vez por todas con el asunto de mis motivaciones y escrúpulos al escribir lo que escribí sobre la exposición de ocho mujeres militantes del Partido, quisiera agregar, simplemente, que el asunto de la participación política de las mujeres es un tema que me interesa, y muy especialmente cuando se trata de la izquierda. En estos momentos, de crisis económica y asedio internacional, las mujeres de México debemos hacer todo lo posible por impulsar nuestra organización política. Tenemos muchas cosas que defender y muchas más que pelear. Es éste el momento para empezar a pedir. Por eso me preocupa mucho que un partido destituya a quienes se habían dedicado a construir una organización *feminista* de masas. No estamos como para darnos el lujo de retrasar, por razones formales, la aparición de dicha organización en la vida pública. Me gustaría pensar —si ésta se materializa algún día— que va a ser realmente feminista y no una agrupación femenil más. Desgraciadamente, y a juzgar por el relato que las destituidas hacen de las agresiones y hostigamientos sexuales de las que han sido objeto desde hace mucho por algunos de sus compañeros de partido esta posibilidad parece cada vez más alejada. Por cierto, nadie ha contradicho estas acusaciones, pero en cambio, mi impugnador tergiversó lo que dije acer-

ca de los lujos que no podemos darnos las mujeres, creando con ello la impresión de que yo estoy a favor de que abusen de ellas los varones en posición de poder.

Creo haber hecho explícitas las preocupaciones que quise condensar en el artículo que me fuera criticado. Obviamente, éstas no quedaron claras, pues a juzgar por la réplica de Pepe, se me leyó como si fuera un comentario a la destitución de Vallejo solamente, cuando en realidad el énfasis está puesto en otra parte. Y para terminar de aclarar confusiones y malos entendidos, añado lo que sigue.

Se me señala haber hecho una interpretación parcial de la conducta de Vallejo en el PMT. Es probable, pues ésta realmente no me interesa y creo haberlo dicho. No estoy capacitada para juzgar sucesos de los que no soy testigo directa, como podría ser la indisciplina partidaria e "inexplicable protección" a un presunto agente de seguridad que se le imputan. No me queda más remedio que atenerme a las diversas versiones publicadas. Sí defiendo, en cambio, mi derecho a comentar el aspecto ideológico que subyace a las acusaciones que sobre su vida sexual se le hicieron. Además de que confunden lo público con lo privado, constituyen una distorsión de todo lo que el feminismo propone y que el propio PMT adoptara en sus documentos. ¡Claro que hay que luchar por terminar con la "imposición de caprichos machistas", vengan de donde vengan!, como dice Pepe, pero vamos, ¿se trataba realmente de eso? Según todo lo dicho, el caso no fue tan así. Un intento de seducción, una propuesta de matrimonio, pueden llegar a ser conductas molestas, hasta irrespetuosas si se quiere, pero tomarlas como "imposiciones machistas" es llevarlas demasiado lejos. Especialmente cuando no mediaron ni

la violencia ni la coerción. Negarse a colaborar con una mujer que ha rechazado ciertas atenciones sexuales es, cuando mucho, una actitud infantil, objeto de amonestación, pero no de una impugnación pública con todo y exhibición de correspondencia íntima. Las dirigentes destituidas añaden, por su parte, dos consideraciones pertinentes: ¿por qué no se turnó el asunto al comité femenil para que fueran, finalmente, las mujeres las que asumieran su propia defensa? ¿Por qué no se ha dado atención a conductas similares de otros líderes del Partido?

El cambio en las costumbres perniciosas no puede darse esgrimiendo mimbres cómodos como el de "moral burguesa" que nos deja con la conciencia tranquila pero que nada dice sobre las conductas reales que se pretende combatir. Sobre todo cuando se alterna con el uso de otras etiquetas como la empleada contra las disidentes a quienes se acusó de "pequeño burguesas, teóricas y lesbianas". Me resulta incomprensible que una condición puede ser convertida en insulto.

Me pregunto si querrán ingresar tanto hombres como mujeres, a un partido en donde sus intimidades y preferencias sexuales pueden llegar a exhibirse en juicios y asambleas, y hasta publicarse en los periódicos. Yo no estaría tan segura.

Y, para concluir, me alegra que hayamos condenado, mi impugnador y yo, desde la tribuna de Amnistía Internacional, o cualquier otra, la violación de mujeres. Es un crimen aborrecible que debe ser combatido. Espero sinceramente que podamos seguirlo haciendo como hasta ahora. No creo que una diferencia de criterios nos lo pueda impedir. Además, Pepe, a Demetrio Vallejo no se lo puede culpar de haber cometido semejante atrocidad.

J

